Publicado por:

Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.co
m
info@novacasaeditorial.co
m

© 2016, Raquel Hernández
© 2016, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor
Joan Adell i Lavé

Coordinación
Maite Molina
Tiago
Casquinha

Portada
Vasco Lopes

Maquetación
Eric Balbàs

Impresión
QP Print

Revisión
Jesús
Espínola
Daniel
García P.

Primera edición: noviembre 2016
Depósito Legal: DL B 20588 - 2016
ISBN: 978-84-16942-19-0

Cualquier forma de repoducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solamente podrá efectuarse con la autorización de sus titulares, menos las excepciones previstas por la ley.

Dirígase a CE- DRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 47).

Raquel Hernández

ENTRE EL AMOR Y LA MUERTE

Nova Casa
Editorial

A mi hermana, Yuleisma Hernández, a la que siempre siento cerca.

1

La verdad es que nunca he escrito un diario, ya que no me gus- ta ver mis secretos expuestos al mundo. Bueno, una vez lo inten- té. El día en que cumplí los doce años, mi madre me regaló uno. Era realmente hermoso, con la tapa acolchada en un tono celeste y con pequeñas flores dibujadas en las esquinas. Durante semanas relaté mis deseos, mis sueños, mis pensamientos más íntimos, mis peleas... Mejor no pluralizar, la pelea, ya que no me gustan nada los enfrentamientos, así que relaté una pelea. Ocurrió con mi mejor amiga. Me copió en un examen y sacó mejor nota que yo. Me enfa- dé muchísimo, le grité, me gritó y nos alejamos jurando no volver a hablarnos jamás. Cuando llegué a casa, escribí cosas de ella muy hirientes, aunque al día siguiente había quedado todo perdonado, las palabras se quedaron ahí. Al volver un día del colegio, vi a mi madre hojeándolo. Negó rotundamente que lo hubiera leído, solo lo había recogido mientras limpiaba. Pero en sus ojos vi sorpresa ante lo que había leído. Me sentí indefensa, alguien había entrado en lo más recóndito de mi ser, sin ser invitado. No importó dema- siado que fuera mi madre, todo lo que había escrito, ella ya lo sa- bía. Ya se lo había relatado, ya que teníamos una gran relación. Mi

madre sabía escuchar, aconsejar y sobre todo no juzgaba. Pero fui consciente de que cualquier persona podría leer ese diario. Y había escrito cosas que ya ni siquiera pensaba. La traición y la frustración me sorprendieron, así que destruí ese pequeño diario y nunca jamás volví a escribir nada sobre lo que sentía. Entendí que las palabras se las lleva el viento, pero lo que escribes perdura en el tiempo.

Hoy, mi psiquiatra insiste en que tengo que escribir cada recuer- do de mis últimos años de vida, ya que esto me ayudará a superar lo ocurrido.

Debido a mi gran aversión a los diarios he decidido relatar mis memorias, y no las escribiré para superar lo ocurrido, ya que lo que pasó es lo más auténtico que he vivido jamás, sino que lo escribiré para que a otras personas que vean o vivan algo parecido a lo que yo he pasado no piensen que están locas, que han perdido el juicio, sino que hay cosas más allá de nuestra comprensión.

El doctor, bueno no quiere que lo llame así, Oscar, dice que es- cribiendo, pondré distancia entre lo acontecido y yo. Él me ha ayu- dado mucho, me siento más tranquila y cómo decirlo, más paciente.

Hace unas semanas, cada mañana, al levantarme, deseaba que fuese el último día de mi vida. Pero ahora he aprendido a esperar, el tiempo juega a mi favor.

Vamos a ver, ¿por dónde empezar?, me presentaré, mi nombre es Thais Piñero, soy una joven de diecisiete años y digamos que mi vida no era diferente a la de cualquier joven de mi edad, hasta hace muy poco. Estudiaba en el instituto, y deseaba estudiar derecho en la Universidad de La Laguna. Vivía enamorada de mi amor plató-

nico desde que tenía cinco años, Hugo, mi compañero de clase y el novio de mi mejor amiga Judith.

Si miro hacia atrás imagino que el punto de inflexión, donde mi vida cambió, fue a partir de la muerte de mi madre.

Un frío día de febrero estaba en casa de Judith, sentadas juntas en el sillón viendo la serie *El príncipe*.

—Qué hombre..., qué ojazos..., si... —suspiré, no sabía cómo

podía gustarle teniendo a un tío como Hugo a su lado.

Tocaron el timbre y ella se levantó a abrir la puerta, mientras yo cogí el mando de la televisión para bajar el volumen.

Yo estaba sentada en un sillón que habían comprado en Ikea con un color que si lo mirabas durante demasiado tiempo te dolía la cabeza, no estaba segura si era naranja o rojo. Su madre tenía un gusto detestable para elegir muebles. De las paredes colgaban dos grandes fotografías: una en blanco y negro de Marilyn Monroe y la otra de Judith cuando contaba con tan solo dos años, sentada en un sillón rojo y rodeada de globos de distintos colores, estaba encantadora.

Así que recostada en el sofá oí en la puerta a Cira, mi vecina, que preguntaba por mí y me levanté de inmediato.

—¿Qué ocurre? —le pregunté. Hablaban entre susurros, y Cira tenía los ojos hinchados de llorar.

—No puedo contarte nada, ya te lo dirá tu padre. Ven a casa conmigo —me cogió de la mano y me fui sin despedirme de Judith.

Algo muy grave estaba pasando cuando habían enviado a mi vecina a buscarme a casa de mi amiga. Mi madre y ella eran grandes

amigas, ¿por qué no habían venido mis padres?, ¿por qué no habían llamado por teléfono?

Mi casa quedaba a cinco minutos caminando y Cira no me di- rigió la palabra en todo el camino por mucho que le insistí, la vi tan triste que no quise forzarla más.

Cuando quedaban unos metros para llegar, pude ver mi casa a lo lejos. Todas las luces estaban encendidas, muy extraño a esa hora, ya que mis padres siempre se acostaban muy temprano. Un males- tar en el estómago fue creciendo en mi interior, sabía que algo iba mal, le había pasado algo a mis padres.

Mi casa era realmente un salón y estaba dividida por dentro con paredes de yeso. Tenía una pequeña cocina y una habitación que era utilizada por mis padres, mientras yo dormía en la sala, en un sofá cama. Mi padre, Alberto, me había prometido que ese verano haría una habitación para mí en un pequeño huerto que estaba junto a la casa.

En la puerta de entrada había mucha gente del pueblo, varias mujeres lloraban y cuando pasaba a su lado me abrazaban y me aca- riciaban el pelo. Comprendí que algo terrible había pasado y co- mencé a llorar desconsoladamente. Caminé hasta la cocina donde estaban mis abuelas preparando comida y entonces vi a mi padre sentado en una silla de la cocina, lloraba. Para mí fue impactante verle llorar, ya que nunca lo había visto derramar una lágrima, se me hizo un nudo en la garganta, y me costaba respirar. Me lancé a sus brazos y le abracé con fuerza.

—Mi querida niña —me abrazó mientras sollozaba.

—¿Qué pasa, papá?

—Siéntate, mi amor —me indicó una silla junto a él.

—Claro —me senté obedientemente y busqué a mi madre con la mirada—. ¿Dónde está mamá?

—Mamá —tragó saliva—, ha muerto.

—¿Cómo?, no puede ser —me levanté de la silla y miré a mi abuela, era una mujer bajita y delgada que rondaba los ochenta años; había enterrado a su marido hacía varios años y desde enton- ces se había centrado en el cuidado de mi madre y el mío—. La vi esta mañana, me preparó el desayuno, ¿dónde está?

—Tu madre ha estado enferma —comenzó a explicar mi abue-
la.

—Yo se lo contaré —la cortó mi padre. Mi padre nunca se había
llevado demasiado bien con su suegra—. Siéntate, por favor.

—Ha llegado el coche de la funeraria —anunció mi tío desde la puerta de la cocina.

—Mamá, por favor, ¿puedes ocuparte tú? —su madre asintió tristemente y cogió del brazo a mi otra abuela, que estaba con la mirada perdida, mirando cómo se guisaban unas verduras que ha- bía puesto al fuego y se la llevó fuera—. En el dormitorio está todo preparado.

—Tu madre ha fallecido hace pocas horas en el hospital, estaba muy enferma, tenía un cáncer de pecho.

—¿Cáncer? —no podía entender nada—. Me dijiste que estaba enferma, pero que con el tratamiento se recuperaría. Que no era grave.

—Hace dos meses que lo sabíamos, pero tu madre no quería preocuparte...

—¿Preocuparme?, ¿y ahora qué hago? —me levanté con ra- bia—. ¡No he podido despedirme de ella!

—Podrás despedirte. Ahora será el velatorio, pondrán su cuer- po en un ataúd abierto en nuestro dormitorio y mañana es el entie-
rro.

—No puede ser —mi padre me abrazó con fuerza.

—Sé que es doloroso, pero ahora debemos ser fuertes, es su ve- latorio y debemos atender a la gente que viene a despedirse de ella. Cuando pase esto, hablaremos.

—Vale —me sequé las lágrimas con las mangas de la sudadera. Mi padre me cogió de la mano y me llevó al dormitorio, don-
de antes estaba la cama de mis padres, ahora reposaba un brillante ataúd de color caoba. La tapa estaba abierta y mi madre reposaba dentro de este. Llevaba un traje de lino blanco y su cabello rubio estaba colocado a ambos lados de su cara. Tenía la cara de un ángel y no le podían ver sus grandes ojos verdes, ya que estaban cerrados, los cuales yo había heredado de ella, aunque tenía el pelo negro aza- bache como mi padre.

Me acerqué al ataúd y busqué su mano, estaba fría y dura como una piedra. Me di cuenta de que mi madre ya no estaba, que lo que veía ante mí, tan solo era la cáscara. Me derrumbé, comencé a llorar y casi hago caer el ataúd al suelo al intentar abrazarla. Recuerdo que me sujetaban entre varias personas, yo me intentaba soltar dando patadas al aire para volver a besar a mi madre. Luego, sentí un pin-

chazo, y después no recuerdo nada más.

Varios días después desperté en la cama de mis padres. Mi padre estaba sentado junto a mi abuela. Abrí los ojos, en un comienzo mi visión era borrosa, pero poco a poco los vi con nitidez. Parecía que hablaban sobre el almuerzo, iban a preparar una cazuela o freír un pescado que habían comprado el día anterior.

—¿Papá?

—Sí, estoy aquí —corrió junto a la cama en cuanto se dio cuen- ta de que había recuperado el conocimiento y se sentó junto a mí.

—Papá, dime que mamá vive, por favor —mi padre se contrajo de dolor.

—No, mi vida, mamá ha muerto, pero me tienes a mí —lloré abrazada a él—. No me dejes, mi vida, solo te tengo a ti —me su- plicó.

Sus palabras me llegaron a través de la neblina de dolor que me rodeaba. Nos teníamos el uno al otro y debíamos ser fuertes. Aho- ra estábamos solos. Mi madre, la mujer que me dio la vida, la que cuidaba de mí cuando estaba enferma, me consolaba cuando tenía pesadillas... Una parte de mí había muerto con ella, lo podía sentir en mi interior. Un precipicio se abría ante mí.

Durante las siguientes semanas no fui al instituto, me quedé en casa. Cuando sufres un dolor tan real, tan cruel, tan duro, que sientes cómo se rompe tu interior, piensas que vas a morir. Que ese dolor va a matarte, que dentro de dos segundos vas a dejar de res- pirar. Pero pasan los dos segundos y sigues respirando y miras a tu alrededor y la vida continúa, el tiempo sigue corriendo, el mundo

no se ha parado. Y sientes que el destino es cruel, por hacerte sentir ese sufrimiento y permitir que sigas viviendo. Pero la vida sigue, y tú estás roto por dentro. El sol sigue saliendo y tú necesitas seguir respirando. Y al cabo de unos días, te das cuenta de que no vas a morir y que este dolor permanecerá contigo toda la vida, porque no lo vas a superar, sino que vas a aprender a convivir con él.

Una de las cosas más difíciles fue sacar su ropa de los armarios. Su olor continuaba en cada una de las prendas. Donamos algunas a Cáritas, otras me las quedé yo.

Guardamos sus recuerdos más queridos, como los dibujos que yo le había hecho cada año por el día de la madre o sus joyas. Tenía un pequeño colgante con una flor de colores de Thomas Sabo, que mi padre le había regalado por navidades. Con suma delicadeza, me lo puso. Era precioso, con lágrimas en los ojos juré llevarlo siempre.

Mi padre compró una cama de noventa para que yo durmiese en el cuarto y él se mudó al sofá cama. Se instaló una triste rutina entre nosotros, cada mañana limpiábamos, hacíamos el almuerzo y por la tarde íbamos al cementerio a ver a mi madre. Nos sentábamos junto a la lápida y charlábamos como lo hacíamos en el salón mien- tras preparaba la cena, cada noche.

La lápida era realmente hermosa, en mármol gris con su foto grabada. Y rezaba: «AQUÍ DESCANSA DORA DIONIS, AMADA MADRE Y ESPOSA».

Después de unas semanas, papá volvió al trabajo. Había cogido unas semanas de vacaciones en el supermercado, donde trabajaba como encargado con mi madre. Y yo tuve que volver al instituto.

Cada día que me levantaba y me encontraba sola en la casa, re- cordaba que mi madre debería estar ahí preparándome el desayuno y volvía a sentir la pérdida, como si me arrancasen una parte del cuerpo.

Judith fue de gran ayuda, venía temprano a mi casa y me acom- pañaba en el desayuno para que no me sintiese tan sola y luego caminábamos juntas hasta la parada de autobús. Cuando llegué al instituto todos me miraban de manera extraña, nadie se atrevía a acercarse, parecía que me tenían miedo. Tan solo Hugo, en cuanto me vio, me dio un fuerte abrazo y me dijo «lo siento», cosa que me hizo quererlo con más fuerza, si cabe.

Fueron pasando los meses y llegaron los exámenes finales, apro- bé todo, como siempre. Aunque mis notas bajaron de manera con- siderable, ningún profesor me dijo nada, ni tan siquiera llamaron a mi padre. Todos sabían que había muerto mi madre y tenía motivos más que suficientes para que mis notas bajaran. Ahora que lo pien- so no sé por qué no estudié, tan solo sentía una apatía total hacia todo lo que me rodeaba. No tenía ganas de nada, ni de estudiar, ni salir con mis amigas, ni de vivir; con la muerte de mi madre había muerto una parte muy importante de mí.

Así que, cuando me dijeron que nos íbamos de viaje de fin de curso, me negué en rotundo a ir. Mi padre me necesitaba, no podía dejarle solo en esos momentos. Además, yo debía cuidar de la casa. En cierto modo, mi infancia había acabado de un plumazo con la muerte de mi madre y el hueco que ella había dejado fui llenándolo sin darme cuenta. Limpiaba, hacía la compra, cocinaba, en fin me

ocupaba de todo, aunque mi abuela siempre estaba allí para ayudar- me y guiarme.

Mi abuela María vino una tarde a verme a casa, mientras mi padre trabajaba, yo estaba viendo la televisión. No sabía ni lo que ponían, tan solo quería oírla para no sentirme tan sola.

—Cariño, ¿qué haces?

—Nada —estaban emitiendo un documental sobre elefantes, apagué la televisión y miré a mi abuela que me observaba con triste- za—. Estoy bien abuela, no me mires así.

—No dejas de decir que estás bien, pero no has vuelto a ser la misma.

—¿Cómo? Soy huérfana —me cubrí la cara con las manos y comencé a llorar.

—Mi querida niña —se sentó junto a mí y me abrazó—. Sé que sufres. Yo perdí a mi madre con veinte años y sé por lo que estás pasando. Quiero que comprendas que no estás sola, que me tienes a mí y a tus otros abuelos, y sobre todo tienes a tu padre, que está loco de preocupación.

—¿Por qué? —me sequé las lágrimas lo mejor que pude.

—¿Has comido?

—No tengo hambre.

—He traído Nocilla, vamos a la cocina —me cogió del brazo y me llevó a la cocina. Me hizo un bocadillo, sirvió un vaso de refres- co y se sentó a mi lado.

—Come.

—No me apetece.

—Come —empujó el plato delante de mí y comencé a comer sin muchas ganas, pero no me atreví a decirle que no—. Tu padre ha tenido mucha paciencia contigo, ha intentado que vayas superando el dolor a tu ritmo, pero, hija mía, hasta has bajado de peso —me miré, era cierto, ya de por sí yo era una chica delgada, pero en los últimos meses estaba esquelética. Había bajado unos cinco kilos, debía pesar no más de cincuenta kilos y claro, con mi uno setenta de altura, estaba delgadísima—. Ya no te arreglas, vas siempre con ese chándal azul, y mira tu pelo —me cogió uno de los mechones que estaban enredados alrededor de mi rostro.

—Vale, muchas gracias —torcí el gesto.

—No seas maleducada, debes dejar esa actitud, nos estás ha- ciendo daño a todos. Debes cuidarte, al menos hazlo por tu padre. Se siente culpable...

—¿Culpable? —le pregunté preocupada.

—Sí, no te dijo la gravedad de la enfermedad de tu madre...

—No le culpo —dije tristemente, ni siquiera había hablado con él del tema, me había encerrado en mí misma y dejado de lado a todos, ni tan siquiera había vuelto a casa de Judith.

—Ya lo sé, pero te ve todos los días como alma en pena pasean- do por la casa. Vas al instituto y pareces más muerta que viva, y tus notas... Hija mía, debes salir del hueco donde te encuentras. Has perdido a tu madre, pero tú estás viva.

—Lo sé, imagino que si estuviese muerta no me sentiría así.

—Deja de hablar así ahora mismo, a tu madre no le gustaría

—levantó la voz, y vi cómo sus manos temblaban, estaba sufriendo

y era todo por mi culpa—. Quiero que estés bien, y si no puedes, podemos llevarte a un psicólogo para que hables con él del tema.

—No será necesario —dije seriamente.

—¿Lo dices de verdad? —preguntó esperanzada.

—Claro, no ves que me estoy comiendo el bocata —y le enseñé los dos mordiscos que me había comido.

—Bien, pues ahora irás de vacaciones con tus amigos a Lanza- rote.

—No puedo...

—¡Shh! —se levantó y me acarició el pelo—. Sí, cariño, a tu pa- dre y a ti os vendrá bien. Ya lo verás. No hubo más qué hablar, cuan- do vino mi padre del trabajo se lo comenté y se mostró eufórico al enterarse. Al día siguiente nos fuimos de compras. Adquirimos una maleta de color fucsia en una tienda de deportes, que estaba situada en uno de los mejores centros comerciales del sur de la isla, y ropa nueva para el viaje. Al terminar, fuimos a comer una hamburguesa.

—Hace unos años fui con tu madre a Lanzarote —se metió una patata frita en la boca—, es una isla preciosa.

—Sí, cuéntame, ¿cuándo fuisteis? —le pegué un mordisco a la hamburguesa.

—Fuimos poco antes de que se quedara embarazada. Es una isla extraordinaria, muy cuidada y con grandes espacios naturales. Pero, lo que más nos chocó, es que teníamos que pagar para entrar al Par- que Nacional Timanfaya y ni tan siquiera te dejan pisar el suelo. Te metían en un autobús y te daban una vuelta mientras una grabación en distintos idiomas, te contaba la última explosión del volcán. Co-

bran la entrada a cualquier espacio —se echó a reír.

—¿Por qué te ríes? —quise saber—, parecía que se había acor- dado de algo divertido.

—Una vez fuimos a una cafetería y vimos que la plaza del pue- blo estaba rodeada con una carpa, y le pregunté: ¿para qué crees que ponen una carpa? Y ¿sabes qué me contestó?

—¿Qué? —Para cobrar la entrada al baile —y comenzamos a reír juntos.

Me di cuenta de que era la primera vez desde que murió mi ma- dre que reíamos, me pareció bonito volver a verle sonreír, pero a la vez me sentí culpable porque ella ya no estaba allí para reírse con nosotros.

2

Estaba realmente nerviosa, tenía el despertador programado para levantarme a las seis de la mañana, pero me pasé toda la noche mirando el reloj, esperando que sonase. Una hora antes de la hora programada, no soportaba más estar acostada y me levanté.

Tropecé con la maleta que tenía preparada desde hacía dos sema- nas. Me encaminé hacia la cocina, preparé un tazón de leche y encendí la televisión. Bajé el volumen para no despertar a mi padre y me puse a mirarla sin prestarle demasiada atención.

Mi madre era muy madrugadora. Daba igual lo temprano que te levantases, ella lo había hecho antes. Estar sola como ahora, mirando la televisión, con mi madre viva habría sido imposible.

Se me vinieron a la cabeza, todas las cosas que no volvería a hacer con ella. Ir de compra, ver la televisión juntas mientras nos atiborrába- mos de palomitas de maíz, hacer la colada, cosa que a ambas nos en- cantaba... Tantas cosas, y otras tantas que jamás habíamos hecho, pero soñábamos con hacer, me enseñaría a conducir, viajaríamos a Londres, visitaríamos Las Pirámides... Pero, lo que más echaría de menos, eran las pequeñas cosas que hacíamos juntas, las rutinas, los pequeños momen- tos en los que la sentía cerca. Mi madre me hacía sentir única, amada,

necesitada. Teníamos una rutina que repetíamos a diario, cada noche. Venía a mi habitación y me arropaba. Me besaba en la frente y me pre- guntaba, «¿con qué soñamos esta noche?», ambas soñaríamos con el mismo lugar y así nos encontraríamos en el sueño y no estaríamos solas.

No me había dado cuenta de que estaba llorando. Limpié mis lá- grimas con el puño de pijama.

A los pocos minutos oí sonar el despertador de mi padre y cómo se levantaba.

—¿Ya has desayunado? —me preguntó mi padre desde el umbral de la puerta.

—Sí —le contesté enseñándole mi tazón vacío.

—¿Solo vas a tomar eso? —asentí—. Te prepararé un sándwich.

—No hace falta...

—No digas nada, prepararé dos y desayunamos juntos. Después te llevaré al aeropuerto —afirmó tajantemente.

—Bien —dije con voz cansina—. Todo el mundo estaba empe- ñado en que comiera.

Dejé el tazón de leche en la mesa y me dirigí a mi cuarto para vestirme. Había preparado en una silla, unos vaqueros y una camiseta de algodón blanco. Cuando terminé me calcé mis zapatillas y caminé hasta la cocina, donde mi padre me esperaba con el desayuno pre- parado. Me senté en silencio y comencé a comer. No me había dado cuenta del hambre que tenía.

Comimos sin hablar, ambos estábamos muy nerviosos, por el via- je, la separación... En los días anteriores insistí en anular el viaje, pero mi padre se negó en rotundo.

Tan solo desistí porque me prometió que él también se iría de vacaciones unos días a La Gomera.

Cogimos las maletas, las guardamos en el maletero, y nos pusi- mos en camino. El día había amanecido totalmente despejado, se preveía un día caluroso de verano. Cuando llegamos al aeropuerto del norte, casi todos mis compañeros estaban ya allí. Mi padre estaba muy nervioso, así que, entre lágrimas contenidas, se disculpó y dijo que llegaba tarde para coger el barco, y con dos besos en ambas meji- llas se fue. Al verlo irse me dieron ganas de salir corriendo tras él, pero cuando estaba a punto, mi amigo Ricardo, me dio un fuerte abrazo y me susurró al oído «me alegro de que vengas con nosotros».

Ricardo era el joven más guapo de nuestra clase, había hecho sus trabajos como modelo para varias revistas y estaba claro a lo que se dedicaría en cuanto terminase el instituto. Sus grandes ojos negros y un moreno muy latino lo habían convertido en una joven promesa. Según se comentaba en el instituto, había firmado un contrato con una importante agencia de modelos ubicada en París, aunque él no hablaba de ello. No sabía si protegía su privacidad o era humildad o quizás una mezcla de ambas. Pero no hablaba de su vida fuera de las paredes del instituto. Nos enterábamos de sus trabajos por la prensa o la televisión.

Su novia era Montserrat Verde, otra de las guapas de la clase, con grandes ojos verdes y una piel morena y sin imperfecciones. Pero al contrario que él, ella era cruel, soberbia y siempre estaba buscando a quien poder herir. No estaba satisfecha si no hacía llorar o huir a algún compañero.

—Cariño —se acercó Montse en cuanto vio a su novio muy cerca de mí—. ¿Vienes con nosotros? —me preguntó.

—Sí —contestó Ricardo por mí.

—Eres muy valiente —Ricardo la miró, intentando que no si- guiese hablando—, si a mi madre le pasase algo así, yo creo que tardaría como un siglo en levantarme de la cama. —Y sonrió ino- centemente.

—No puedes poner fecha de caducidad al dolor, Montse —contestó Judith. Yo no podía articular palabra, no me podía creer que alguien pudiese ser tan cruel.

—¿Estás bien? No le hagas ni caso —Ricardo se la llevaba cogi- da del brazo mientras le echaba una bronca.

—Estoy bien, pero no me esperaba un ataque tan gratuito —la abracé, tenía los nervios a flor de piel.

—Bueno, chicos, vayan al mostrador de facturación, por favor —era Samuel Cano, el profesor de Matemáticas. Un tipo de unos cincuenta años, barrigón, que siempre llevaba barba y que junto a Fátima Laarbi, la profesora de dibujo, eran nuestras carabinas en el viaje.

Nos dirigimos al mostrador donde nos atendió una joven aza- fata. Con eficiencia facturó el equipaje y nos entregó los billetes. Al terminar nos dirigimos a la puerta de embarque.

Nunca me habían gustado demasiado los aviones, pero el viaje de Tenerife a Lanzarote tan solo duraba cuarenta minutos.

Entramos en el avión, que se me antojó pequeño para todos los pasajeros que esperábamos fuera. Fuimos los primeros en subir y

nos colocaron en la parte delantera del avión. Viajábamos casi todo el último curso, catorce estudiantes y dos profesores.

Me senté junto a Judith, que no paraba de hablar de los sitios maravillosos que íbamos a visitar. Se había comprado un pequeño libro y me enseñaba varias fotografías, yo la miraba aunque no la escuchaba, ya que delante de mí se habían sentado Montse y Ricar- do y en varias ocasiones habían dicho mi nombre, pero hablaban tan bajito que no conseguía enterarme de nada. Me prometí a mí misma que en cuanto pudiese hablaría con Ricardo.

En cuanto llegamos a Lanzarote nos subieron en un pequeño autobús que utilizaríamos durante toda la estancia y nos dirigimos a Puerto del Carmen, donde nos hospedaríamos en un apartotel.

Era un complejo de unos cincuenta apartamentos con una gran piscina en el centro. Todo él estaba pintado en tonos azules y blan- cos, típico de isla. Al grupo le asignaron apartamentos de dos habi- taciones y los profesores comenzaron a organizar grupos de cuatro estudiantes para cada apartamento. Nuestro grupo lo formó Judith, Yesica, Montse y yo. En cuanto el profesor nombró a Montse se dirigió hacia él, exigiendo un cambio de apartamento. Entre otras lindezas, no dejaba de decir que le había tocado el club de los bichos raros.

Nosotras cogimos las llaves, las maletas y buscamos en un pe- queño plano que nos entregaron junto a las llaves, el apartamento. Debíamos estar de vuelta en una hora, en la recepción. Buscaríamos un sitio para almorzar y por la tarde iríamos a la que fue la casa de Manrique en la isla.

El apartamento era pequeño y viejo, pero estaba limpio. Tenía una pequeña cocina con nevera y microondas. De la pared colga- ban varias fotografías de lugares emblemáticos de la isla. Y en la sala reinaba un gran sofá de color verde.

—No me lo puedo creer..., la tele es de monedas —dijo Yesica.

—Pensaba que eso solo existía en los hospitales —comentó Ju- dith—, busquen en las carteras, ¿alguien tiene monedas?

—Yo debo tener algunas —saqué mi monedero y le di todas las que tenía.

Judith cogió un cenicero de la mesa y vació las monedas en él. Intro- dujo algunas en la ranura y la encendió. Anduve hasta la habitación que compartiría con Judith y abrí la maleta. Quería colocar algo de ropa en el armario antes de que estuviese demasiado arrugada para ponérmela.

Yesica arrojó desde la puerta su maleta en la otra habitación y se sentó frente a la tele.

Media hora después llegó Montse con cara de pocos amigos. Se quedó de pie mirándonos con rabia, como si nosotras disfrutásemos con la situación. Yesica le indicó cuál era su habitación. Esta dio me- dia vuelta y cerró la puerta tras de sí, con un fuerte portazo. La verdad es que a mí tampoco me gustaría dormir con ella. Yesica a sus quince años de edad era de lo más tétrica. «Gótica», se llamaba a sí misma, siempre se vestía y maquillaba de negro. Hasta llevaba una pulsera, que parecía más bien el collar de un perro, que una pulsera.

Sentadas en el sofá esperamos la hora para comer. Judith encon- tró un folleto informativo del hotel encima de la mesa y comenzó a leerlo.

—Chicas, qué fuerte... —se incorporó del sillón.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—El hotel ardió hace doce años y acaba de ser reabierto.

—¿Y qué? —preguntó nuestra amiga la gótica.

—Hay una zona cerrada que sigue sin reconstruirse...

—¡Qué guay!, ¿cuál? —le pareció una gran noticia.

—Cerca de la piscina —contestó Judith y le enseñó el pequeño plano. Una de las zonas tenía un PROHIBIDO EL PASO y por si no estaba claro, aparecían dos calaveras con la leyenda de *DANGER*.

—Debemos ir... —a Yesica se le iluminó la cara.

—Está prohibido ir a esa parte, imagino que puede ser peligroso —intenté que entrara en razón.

—Eso lo hace más interesante... —sonrió macabramente.

—Murieron varios estudiantes universitarios... —dijo Judith, mientras seguía leyendo—. Eso lo hace un lugar perfecto para jugar a la tabla de la güija —miró el pequeño folleto entusiasmada, como un niño con un juguete nuevo.

—¿Y dónde encontraremos una tabla de esas aquí? —le pregunté en tono sarcástico.

—Nunca voy a ningún sitio sin ella.

—¿Llevas una tabla de la güija en la maleta? —le pregunté atónita mientras esta asentía.

—Vale, nos vamos. Es la hora que indicó Samuel para reunirnos en la recepción del hotel —cortó Judith, que me miró e hizo una señal con la mano indicándome de que nuestra amiga estaba loca. Judith llamó a la puerta de la habitación de Montse.

—Montse, es hora de almorzar —dijo junto a la puerta. Salió silenciosamente. En su cara se veía claramente las huellas de que había estado llorando. Sentí pena por ella.

3

Fuimos a almorzar a un mejicano que había cerca del hotel. Ca- minamos unos quince minutos hasta llegar al local. El sol resplan- decía en el cielo. Pasamos frente a varios supermercados y tiendas de regalos que abarrotaban el paseo.

Judith comenzó a planear una noche de palomitas y cine. Par- loteaba sin cesar mientras no dejaba de hacer aspavientos con las manos.

Después de veinte minutos de paseo, llegamos al restaurante. Un local muy amplio y con grandes ventanales, desde los cuales se podía ver el mar. Sonaba una ranchera de Rocío Dúrcal. Mi madre adoraba su música y no pude evitar que al escucharla las lágrimas invadieran mis ojos.

Unieron varias mesas para poder sentarnos juntos y los profeso- res se sentaron en la cabecera. Oculté mi rostro hasta recuperarme, no quería que los demás supiesen cómo me sentía y mucho menos quería fastidiarle la fiesta a nadie. Así que, me tragué mis lágrimas, respiré hondo y sonreí, lo mejor que pude.

Pidieron comida en abundancia, entre otras delicias, nachos, taquitos, enchiladas de pollo... El profesor y Ricardo comenzaron a

discutir, porque este quería una Coronita, una sabrosa cerveza me- jicana, pero al final todos tomamos refresco.

Primero sirvieron las bebidas y mientras esperábamos por la comi- da, Samuel comenzó con su primera tanda de preguntas.

—Bueno chicos, ¿qué os parece Lanzarote? —dejó caer. El suspiro de más de uno se oyó en la mesa. La mayoría de nosotros clavamos la mirada en el plato vacío. El profesor era conocido por dejar en ridículo a los alumnos si las respuestas no eran correctas, o no era lo que él quería escuchar.

—Eh... Tampoco hemos visto mucho —se atrevió a decir Montse, aunque más que valiente lo hizo porque estaba enfadada con este por no permitirle cambiar de habitación.

—Sí, pero por ahora, ¿qué os parece? —silencio absoluto. Visible- mente contrariado comenzó su diatriba—. Lanzarote es la más septen- trional y oriental de las islas del Archipiélago Canario —le encantaba escucharse. No hay nada peor que una persona a la que tan solo le gusta oírse a sí misma—, se la conoce como «La isla de los volcanes». Esta tarde veremos el maravilloso Parque Nacional de Timanfaya...

—¿No íbamos a ver la casa de Manrique? —preguntó Fátima des- de el otro lado de la mesa.

—Cambio de planes, sé que tienes muchas ganas de verla, pero de- berás esperar hasta mañana —le hizo un mohín con la boca. Quería dejar claro quién era la persona que estaba al mando—. El parque tiene una superficie de más de cincuenta kilómetros cuadrados —continuó sin inmutarse ante el evidente cabreo de Fátima —en los que se pueden observar más de veinticinco volcanes, aparte de campos de lavas, *lapillis*

y escorias volcánicas en perfecto estado de conservación —llegaron los camareros con varias bandejas y con suma destreza fueron sirviendo a cada uno de los comensales—. En el interior se encuentra el Monumen- to Natural de las Montañas de Fuego, donde está el centro de visitantes.

—La comida... —cortó Yesica.

—Bien, comamos. Pero debo deciros que os espera una gran sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —pregunté.

—La actividad volcánica... —siseó.

—¿El volcán puede explotar? —preguntó Idaira asustada.

—Los volcanes están activos —se oyó más de un ruido de bur- la—, os lo puedo demostrar.

—¿Cómo? —preguntó Ricardo interesado.

—Por las emanaciones de calor de la tierra, le echan agua y sale disparada como si la hubiésemos calentado en un caldero —hizo un gesto con la mano— parecido a un géiser.

—¡Qué guay! —exclamamos, y el profesor le guiñó un ojo a Fátima mientras se servía el plato.

La comida estaba sabrosa, salvo algún plato demasiado pican- te. Así que después de escasos minutos, no quedaba nada. Fátima pagó la cuenta y dijo que mañana repartiríamos a partes iguales, el importe de la comida.

A la salida del restaurante nos esperaba el autobús, después de acomodarnos en su interior nos pusimos en marcha. Durante el tra- yecto alguno se quedó dormido, otros escuchaban música y el resto hizo un pequeño grupo en la parte de atrás para charlar.

El cielo comenzaba a nublarse y soplaba un poco de brisa. Por lo visto era el clima habitual de la isla, sol y viento.

Nos desviamos de la carretera general y nos incorporamos a un pequeño camino. El autobús se puso en una pequeña cola, parecía estar formada por unos seis coches. Poco a poco compraban las en- tradas al parque y seguían el pequeño sendero.

Mientras esperábamos el turno para comprar las entradas, Idai- ra se levantó y se acercó al asiento donde nos encontrábamos Judith y yo. Hugo se había resignado a sentarse detrás.

—Hola, chicas, ¿tenéis un chicle? —nos preguntó desde el si- llón de enfrente.

—Sí, creo que sí —busqué dentro de mi pequeño bolso vaque- ro, saqué un paquete y se lo ofrecí.

—Gracias —se metió dos dentro de la boca y me devolvió el paquete—, oye Thais, esta es tu ocasión para levantarle el novio a la boba de Montse...

—Qué boberías dices —metí de nuevo el paquete de chicles en mi bolso y miré por la ventanilla incómoda, deseando con todas mis fuerzas que Idaira se volviese a su sitio.

—Tú sabes que Ricardo está loquito por ti —insistió.

—Idaira, siéntate en tu sitio —le pidió Judith, aunque por su tono de voz, era más una orden que una petición.

—Qué aburridas sois —dio media vuelta y se alejó.

Idaira era compañera nuestra, desde hacía tan solo dos años. Sus padres eran de origen canario, pero hacía años que se habían insta- lado en Venezuela, donde amasaron una fortuna. Pero se convirtie-

ron en enemigos acérrimos del gobierno actual y habían decidido volver a Canarias por miedo a la situación de inseguridad del país.

Idaira era una chica de lo más rara, llegamos a pensar que era bipolar. Unas veces se mostraba tímida tanto que casi no hablaba y cuando lo intentaba balbuceaba sin parar y otras una persona total- mente extrovertida y sin pelos en la lengua. Tenía una forma de hablar que parecía estar viviendo en un *culebrón* y no en la vida real.

Cuando llegó el primer día de clase, apenas pronunciaba una pa-

labra. Con su metro sesenta y más de ochenta kilos de peso, se con- virtió en un blanco fácil y pronto fue el objeto de burlas y bromas del resto de la clase. A mí nunca me han gustado esa clase de actitudes, mi madre me enseñó respeto hacia el resto de mis compañeros y a mis profesores. Si había alguien débil no me suponía una oportunidad para castigarle sino una obligación de defenderle. Así que, sin querer- lo quedé atrapada entre varias compañeras e Idaira.

Un día lluvioso de diciembre, justo antes de irnos de vacaciones de Navidad, nos pasamos el día de la recogida de notas, jugando al fútbol en la cancha cubierta. Mientras jugaba me caí y me rasguñé la palma de la mano. Fui al baño de chicas que quedaba al final del pasillo. Cuando entré la vi colgada en un perchero por la camiseta, su abundante barriga quedaba al aire y le habían bajado los pantalones hasta las rodillas. No sé cuánto tiempo llevaba allí, pero su cara im- presionaba, los labios los tenía de un color morado y lloraba descon- soladamente. Tenía heridas en las rodillas, brazos y un ojo amoratado.

—Dios mío. ¿Qué te ha pasado? —me acerqué corriendo.

—Ayúdame, por favor... —me suplicó.

La descolgué con mucho esfuerzo y la senté en el suelo.

—¿Quién te ha hecho esto? —le pregunté angustiada, pero no paraba de llorar.

—No puedo...

Busqué pañuelos de papel en mi mochila y los mojé un poco con agua para intentar limpiar las heridas, cosa que no sirvió de nada porque el papel comenzó a deshacerse.

—Iremos a Secretaría —la ayudé a levantarse y a colocarse bien el pantalón.

—No, por favor, tan solo quiero ir a casa.

Cogió su mochila de la taquilla y llamó a sus padres desde su móvil.

—Mamá, ven a buscarme, rápido, por favor —sollozó—. Luego te cuento.

—No lo puedes dejar así, te han hecho daño. Se han ido y te han dejado ahí sola —estaba muy nerviosa y angustiada, ¿cómo alguien podía ser tan cruel?—. ¿Quién ha sido?

—Fueron Jeremías y Pablo —comenzó a llorar de nuevo.

—Iré a Secretaría y contaré lo que ha pasado.

Su madre no tardó en llegar. Era igual que ella, pero veinte años mayor. Se la llevó rápidamente a un hospital. Al día siguiente sus padres se presentaron a primera hora de la mañana para hablar con el director y denunciaron a los dos jóvenes que fueron expulsados inmediatamente.

Cuando volvimos de las vacaciones de Navidad nos converti- mos en inseparables. Comíamos en el comedor juntas, quedábamos

para estudiar... Hasta que llegó el día de su cumpleaños y organizó una gran fiesta. Mi madre no me dejó ir, ya que se celebraba muy tarde y entre semana. Todos los que acudieron supieron que sus pa- dres eran adinerados y le salieron muchos amigos, así que nosotras, de repente sobrábamos. Nos distanciamos, aunque de vez en cuan- do se acercaba y nos soltaba alguna patujada.

Llegamos al Centro de Visitantes, era un edificio de una planta recubierto con piedra volcánica y en una de las esquinas había unas grandes cristaleras. Miré hacia dentro, parecía un restaurante. Nos indicaron que subiéramos a un autobús de color amarillo que esta- ba estacionado frente a la tienda de *souvenir*. En el interior comen- zó una grabación que nos iba explicando lo que veíamos:

«Las erupciones volcánicas acontecidas entre 1730 y 1736, cambiaron la morfología de la isla. La cuarta parte de la superficie insular quedó sepultada bajo la lava.

El Parque Nacional de Timanfaya abarca una superficie de 51 kilómetros cuadrados, donde sucedieron las erupciones más impor- tantes.

El espacio central está cubierto por extensas superficies de la- vas intransitables, que apenas han sido tocadas por el hombre. Esto, unido a la climatología de la isla, ha permitido que el paisaje volcá- nico original se encuentre hoy casi intacto, y que sea considerado un laboratorio de investigación para el estudio de los procesos de colonización de la flora y la fauna. Fue declarado Parque Nacional en 1974, es el único de la red española de carácter exclusivamente geológico».

El paisaje era impresionante, la lava solidificada nos rodea- ba, daba la sensación de que la erupción acababa de suceder y podíamos ver cómo se habían formado todo tipo de figuras. Cuando mirabas a lo lejos parecía que el autobús se había que- dado atrapado en el mar de lava, por donde quiera que mirases el negro lo absorbía todo, era realmente hermoso.

En cuanto acabamos nos dirigimos al Islote de Hilario, don- de tienen lugar las anomalías geotérmicas, esto es, temperaturas altas en la superficie, que provienen del subsuelo, concretamen- te de una cámara magmática residual, localizada a poca profun- didad. Los géiseres de los que había hablado el profesor. Tiraron un cubo de agua y más de uno se asustó, con el ruido que hacía el agua al salir despedida de los pequeños tubos, que habían in- sertado en el suelo. Luego nos indicaron que bajásemos unos escalones, hasta llegar frente a un agujero abierto en el suelo. Introducían un poco de madera y debido a las altas temperatu- ras, ardía.

Samuel nos explicó que se llamaba el Islote de Hilario debi- do a un lanzaroteño que después de la Guerra de Filipinas, vivió allí como un eremita con la sola compañía de su camella. Hilario plantó una higuera, que aunque creció jamás dio fruto alguno porque «la flor no podía alimentarse de la llama».

Nos indicó que el interior del restaurante «El Diablo» exis- te una obra de arte: en un «zoco» artificial acristalado aparecen huesos de camellos y una higuera sobre el rofe negro. Se trata de un homenaje a la leyenda de Hilario.

Judith tenía ganas de ir al aseo así que la acompañé. El lugar estaba atestado de gente de todas las nacionalidades que formaban una cola kilométrica.

Al salir, a ninguna de las dos nos apetecía ir a ver huesos de ca- mello, así que evitamos el lugar donde se agolpaban los curiosos.

Un grupo de estudiantes liderado por Ricardo, se acercó a no- sotras.

—¿Tienes agua? —me pidió Ricardo.

—Sí —saqué una pequeña botella de mi bolso y se la entregué. Me quedé atónita, al ver cómo levantaba la botella hacia el cielo y gritó, los otros comenzaron a vitorearlo. Se fueron juntos hacia la zona del Islote de Hilario. Decidimos seguirlos.

Cuando llegaron, vaciaron parte de la botella de agua, sobre los hierros calientes, que salió disparada hacia arriba entre vítores y risas. Fátima, que estaba en el restaurante tomándose un café, salió corrien- do hacia ellos. Era muy peligroso, ya que si lo hacías mal, el agua hir- viendo que salía disparada, podía darte de lleno en la cara.

Judith me cogió por el codo y me llevó hasta la tienda de *souve-nirs*, mientras yo me desternillaba de risa. Antes de atravesar la puerta de entrada a la tienda vi cómo Fátima les soltaba una reprimenda.

La tienda no medía más de diez metros cuadrados, pero había una gran variedad de recuerdos, desde libros hasta joyas de plata. Ju- dith compró un jabón hecho con vino y yo me quedé con un imán que tenía grabado en piedra volcánica, el famoso diablillo que repre- sentaba el parque de Timanfaya. Me encantó, con su gran tridente en alto. Tenía una expresión sumamente diabólica.

Los profesores nos esperaban en el autobús. En cuanto llega- mos, nos informaron de que estaba prohibido ausentarse de los apartamentos de noche y que cualquier incidente sería comunicado a nuestros padres y si fuera necesario nos enviarían de vuelta a casa en el próximo avión. Samuel había perdido la paciencia y estaba dis- puesto a actuar sin importar las consecuencias.

Durante el viaje de regreso me dormí. Soñé con mi madre y mi padre. Estábamos juntos visitando el parque y mi madre me com- praba un bonito colgante con una piedra de olivina, de un color verde intenso, como los que habíamos visto en la tienda.

En cuanto llegamos, Judith me despertó suavemente. Fuimos al supermercado, donde compramos toda clase de golosinas, para ver una película. Aunque ninguna estaba del todo segura, de la progra- mación. Cuando llegamos no vimos a Montse, pero Yesica estaba haciendo varios sándwiches de jamón y queso. Hugo había venido a visitarnos y esperaba sentado en el sofá viendo la tele.

—Chicas, qué bien que hayáis venido. ¿Os gustan con mante- quilla? —señaló a la sandwichera.

—Sí. Nosotras hemos comprado refrescos y patatas fritas —alcé la bolsa del supermercado para que la viese.

—Genial, me pido una cola.

Nos quedamos las dos de pie mirándola cómo servía la mesa. Yesica, era un pozo de sorpresas, igual invocaba al diablo que pre- paraba una cena. En cuanto pudimos volver a movernos, buscamos algunos vasos en los armarios y nos sentamos juntos los cuatro a comer.

—Ricardo está preparando una salida a una discoteca —dijo
Hugo.

—Como se entere Samuel, lo envía en el próximo avión de vuel- ta a Tenerife —advirtió Judith.

—No seas gafe, no puede pretender que un grupo de adolescen- tes, se quede a dormir tan ricamente a las diez y no aprovechar esta magnífica noche.

—Yo no voy a ir y tú tampoco —le dijo Judith en tono de ad- vertencia.

—Bien, aguafiestas y ¿qué hacemos? —Hugo estaba visible- mente fastidiado.

—Bajemos a la piscina —comentó Yesica entusiasmada—, lle- vamos música y nos lo montamos por nuestra cuenta.

—¿Estás loca? Despertarás a alguien y nos meteremos en un lío
—le contesté mientras mordisqueaba mi sándwich.

—Hay una zona cerrada al público —replicó Yesica.

—¿Y eso? —preguntó Hugo.

—Debido a un incendio, es una parte que no se ha reconstruido
—le tendió el folleto informativo del hotel.

—Perfecto —respondió Hugo mientras leía el papel—. Avisaré a los compañeros, así no incumpliremos las reglas. Seguiremos dentro del recinto —cogió su móvil y envió un mensaje para convocar la fiesta. Judith y yo nos miramos, sabíamos que de allí no iba a salir nada bueno.

A las doce pasadas nos dirigimos al lugar acordado. Al llegar muchos de nuestros compañeros estaban allí. Se encontraban en un apartamento del primer piso. Uno de ellos había puesto música.

El bloque del hotel estaba calcinado, aunque en algunas partes de la fachada, se había comenzado a restaurar. En el interior, varias tablas de madera estaban desperdigadas por el suelo. El panorama era de lo más tenebroso, cortinas hechas jirones y ruinas de lo que en su día habían sido muebles.

El *Waka-Waka* de Shakira resonaba en cada uno de los rinco-

nes. Hugo y Judith se fueron de inmediato a bailar cogidos de la mano, a lo que hubiese sido el salón y que ahora se había convertido en nuestra sala de baile. Busqué un rinconcito donde sentarme. Al cabo de un rato Ricardo se sentó a mi lado. Puso una botella de cerveza entre los dos.

—¿Qué haces? —me preguntó.

—Aquí, sobrando como siempre —asomaron las lágrimas.

—Tú no sobras, tan solo no estás en uno de tus mejores momentos —acarició mi pelo.

—Creo que me voy —hice un amago de levantarme.

—No te vayas, por favor —pidió. Era tan guapo y parecía que yo le importaba.

—Bien —volví a sentarme junto a él.

—¿Sabes? Para mí, tú eres una persona muy especial —me miró a los ojos—, estoy loco por ti desde la guardería...

—No digas tonterías, no fui a la guardería —reí. Era incorregi- ble, tenía el don de hacer sentir bien a cualquiera con quien hablase.

—Ya me entiendes —me cogió la mano y comenzó a acariciar- me la palma—. No recuerdo desde cuándo estoy enamorado de ti, pero yo diría que llevo toda la vida amándote.

—¿Y Montse?

—Es una pesadilla, no me deja en paz. No sé cómo quitármela de encima —hizo un gesto de desprecio con la mano.

Nos quedamos un momento en silencio, sin saber qué decir. Miramos a nuestro alrededor, en el salón bailaban varias parejas al ritmo de Rihanna y en el suelo frente a nosotros había una pareja de lo más acaramelada. Me sorprendió ver a distintas personas que no formaban parte del colegio, por lo visto se habían unido otros huéspedes del hotel.

—Toma —me tendió su cerveza—, bebe. —Le di un sorbo y la dejé en el suelo. Cogió mi mano y puso una pastilla—. Te hará sentir mejor.

—No tomo drogas —intenté devolvérsela.

—Es muy suave, solo hará que desaparezca el dolor —me pa- reció una gran idea, una pastilla y ya está, ¿no me sentiría sola?,

¿no habría dolor? Decidí averiguarlo y la tomé.

Se incorporó y me tendió la mano para que me levantara del suelo. Cogió mi cintura y comenzamos a bailar. Se pegó a mi cuer- po y comenzó a moverse. Todo él desprendía sensualidad.

Y sin previo aviso me besó, sus labios eran calientes, suaves y exigentes. La verdad es que fue uno de los mejores besos de mi vida, no sé si fue por la pastilla o por lo guapo y sexi que era Ri- cardo.

Nos separó Montse, hecha una furia la emprendió a golpes con este. Yo me escabullí esperando que su rabia no se volviese contra mí.

Me sentía muy mareada, las náuseas apenas me dejaban respirar. Busqué una salida para volver a mi apartamento. No sé cómo me encontré en una de las habitaciones del hotel, donde Yesica había comenzado una sesión de espiritismo, con la famosa tabla.

La habitación estaba en penumbras, tan solo alumbrada con algunas velas dispuestas en el suelo alrededor de un grupo de estudiantes. En el centro del círculo se encontraba la tabla con una moneda en el centro.

Ahora que lo pienso debería haberme ido corriendo de allí. Ese fue el desencadenante de todo lo que pasó. Desde el prin- cipio supe que era una mala idea y sobre todo peligrosa, pero dentro de mí había un rayito de esperanza. El poder hablar con mi madre, necesitaba decirle tantas cosas... Que la quería, que la echaba de menos... Con ese sentimiento me sentí atraída sin remedio hacia la sesión de espiritismo.

—Únete a nosotras —me invitó Yesica, como si me estuviese esperando. El grupo estaba formado por tres estudiantes: Yesica, Idaira y Lucía. Sin dudarlo me senté junto a ellas y les di la mano.

—Perfecto —sonrió victoriosa.

Comenzó a hacer un ruido muy extraño con la boca, murmu- raba frases en algún tipo de dialecto. Sacó un cuchillo de su mo- chila y con una frialdad que me dejó perpleja, se cortó la palma de la mano.

—¿Pero qué haces? —le pregunté asustada.

—Debemos iniciar el proceso con un pacto de sangre —le pasó el cuchillo a Lucy, que no dudó un minuto en cortarse la

mano, igual que lo había hecho su compañera—. El pacto consis- te en que no podemos salir corriendo de la sesión, sin despedir al espíritu o morirá. —Esto último lo dijo arrastrando cada sílaba.

Me tendieron el cuchillo y lo cogí asustada. No pensaba herirme a mí misma porque ella así lo ordenase. Cuando iba a depositarlo en el suelo, Yesica se levantó, me quitó el cuchillo de las manos y me pinchó un dedo dejando que la sangre brotase. Grité horrorizada.

—No seas boba, solo es un pinchazo —me dio su mano manchada de sangre y estas se mezclaron. Lo repetimos con el resto del grupo.

Cada una volvió a sentarse. Dejó el cuchillo frente a ella. Parecía un gesto amenazador, una advertencia. Todo mi ser me pedía salir corrien- do de allí, pero me quedé ensimismada, entre una mezcla de morbo y curiosidad.

Nos cogimos las manos con fuerza, y comenzó otra vez con las fra- ses, pero esta vez la entendíamos.

—Querido espíritu, a ti que te arrancaron en la flor de la vida de este mundo —parecía poseída—. ¡Revélate! —me dio un susto de muerte. Estaba a punto de soltarme, cuando la moneda comenzó a moverse.

—Madre mía, se mueve —dijo Lucía asustada.

Una fría brisa hizo que las velas se apagaran de repente. La tempe- ratura de la habitación comenzó a descender, hasta tal punto que hizo castañear mis dientes. Oí sollozar a Idaira.

Las velas volvieron a encenderse de nuevo, sin que nadie las tocase. Miré alrededor y no vi ningún sitio por el que el viento pudiese haber entrado en la habitación.

—No os soltéis de la mano —ordenó Yesica.

Yesica tenía los ojos en blanco y miraba al frente. La moneda se mo- vía de un lado a otro de la tabla. El pequeño colgante con una cruz que llevaba Lucía, comenzó a enrollarse en su cuello intentando ahorcarla. Gritó con desesperación.

—No os soltéis las manos —volvió a ordenar y esta vez su voz so- naba distinta, antinatural—. ¿Amor? Buscas el amor —dijo muy lenta- mente, leyendo las letras que señalaba la moneda.

La moneda giraba sobre sí misma y se levantó en el aire. Voló hasta mí, dándome en la frente. Sentí el golpe en la frente y un calor muy intenso. Chillé aterrorizada y salí corriendo como alma que lleva el diablo. Oí a mis espaldas a Yesica gritándome para que vol- viera. Me gritaron sin cesar, que debíamos despedir a la presencia, pero no paré, no volví ni tan siquiera la vista atrás, tenía que despa- recer lo más pronto de allí.

No tardé en dejar sus gritos atrás. Y cuando pensé que ya estaba a salvo, paré para recuperar el aliento.

Escuché pasos, imaginé que mis amigas me habían encontrado. Les explicaría que había sufrido un ataque de pánico. Me giré, espe- rando verlas allí, pero no había nadie. Un miedo gélido se adueñó de mi corazón y continué corriendo hasta el apartamento. Seguí escuchando los pasos, de vez en cuando miraba por el rabillo del ojo, pero no vi a nadie. El corazón me latía con fuerza en el pecho. El miedo me atenazaba la garganta.

Cuando llegué, abrí la puerta nerviosa. Antes de cerrar miré a ambos lados, buscando en la oscuridad a mi perseguidor. No había nadie, solo oscuridad. Cerré y me apoyé en la puerta, con alivio.

Me dirigí a mi habitación y al abrir la puerta encontré a Montse haciendo el amor con Ricardo. Fue impactante, la verdad, ninguno de ellos se dio cuenta de que había entrado. Los dos estaban desnudos de rodillas encima de la cama. Era una visión realmente hermosa, verles cómo se amaban. Se devoraban con pasión. Ricardo lamía sus pechos y Montse acariciaba su pelo mientras gemía con pasión. En cuanto pude moverme me di media vuelta y cerré la puerta con sumo cuidado.

Me tumbé en el sillón sin quitarme la ropa. No sé si fue por la pasti- lla, por lo largo del día, pero me quedé inmediatamente dormida. Pero, una cosa era cierta, con la pastilla no desaparecía el dolor, más bien lo intensificaba.

Esa fue la primera vez que tuve la pesadilla, la que Oscar llamaría más tarde «la pesadilla de las plumas».

Estaba en un entierro, se oía la marcha fúnebre y caminábamos ha- cia el cementerio. Había varios vecinos de mi pueblo, caminando muy despacio mientras lloraban desconsoladamente. Descalza, avancé hasta el ataúd. Podía sentir la hierba fría y húmeda bajo los pies. Era yo, la que reposaba en el féretro, pálida. En ese momento me metía dentro de mi cuerpo inerte, intentaba gritar, pero no podía, la rigidez del cuerpo me lo impedía.

El ataúd fue depositado en el hueco y comenzaron a tirar tierra. Pero, en lugar de tierra, miles de plumas se me metían en la boca y la nariz. Me asfixiaban. Y entonces me despertaba.

4

A la mañana siguiente tenía un dolor de cabeza insoportable, miré alrededor confundida. Una mesa de noche, un armario..., abría y cerraba los ojos cegada por la luz. El martilleo en las sie- nes era demoledor. Mi primer pensamiento fue, ¿dónde estoy?, me sentía como si me hubiese atropellado un camión. Totalmente des- orientada, me incorporé. Y cuando estaba a punto de llamar a mi padre, tomé consciencia de que estaba de viaje, era la habitación del hotel. Recordaba haberme quedado dormida en el sofá así que al- guien me había llevado hasta la cama. Puse los pies en el suelo y me levanté tambaleándome, ya que todo giraba a mi alrededor. Tardé unos minutos en llegar hasta la puerta. Con la mano en el pomo, cerré los ojos intentando que no me estallase la cabeza.

Hugo y Judith estaban acostados en el sofá, cubiertos con una sábana. Mientras Montse y Ricardo desayunaban en la mesa.

—Tómate esto —Ricardo me tendió un vaso con un brebaje de color rojo, que tenía preparado en la mesa—, te aliviará.

—Vale —acepté el vaso y sin pestañear, me lo bebí de un trago. La situación era perfecta, las dos parejas juntas y yo como una au- téntica palurda, mareada en medio del salón—. ¿Dónde está Yesica?

—No vino a dormir —comentó Judith levantándose del sillón. Llevaba tan solo unas bragas rojas y una camiseta de tirantes.

—Tengo que hablar con ella —me dirigí hacia la puerta. Me venían *flashes*, de lo ocurrido la noche anterior, el beso con Ricardo, la sesión de espiritismo, el ruido de los pasos persiguiéndome hasta el apartamento, aturdida me apoyé contra la pared.

—No vas a ninguna parte. Debes desayunar y cambiarte de ropa. Hoy visitamos la cueva de los Verdes —afirmó Ricardo. Seña- ló una silla y me obligó a sentarme bajo la atenta mirada de Mont- se—. ¿Qué te ha pasado en la frente? —intentó tocarme y yo me aparté bruscamente.

—¿Qué tengo? —crispada, fui directo al espejo que estaba en la pared y me miré. Tenía una marca redonda, en el lugar donde la moneda me había golpeado. Había dejado una huella en mi piel. La toqué, pero no me dolía.

Después de mi incómodo desayuno, me dirigí hasta la recep- ción, donde esperaban el resto de mis compañeros. Escudriñé hasta el último rincón, pero no había rastro de Yesica.

Idaira estaba sentada sola en un sofá y me acerqué a ella.

—Idaira, ¿cómo estás? —me senté a su lado.

—Bien —contestó visiblemente incómoda.

—Estoy muy confundida.

—No deberías hablar en público de... lo de anoche.

—Necesito hablarlo. ¿Dónde está Yesica?

—No se encontraba bien y se ha quedado en la cama —se levan- tó dando por finalizada la conversación y se alejó de mí.

La seguí hasta el autobús. Casi todos presentábamos síntomas de haber dormido muy poco. Me senté junto a Judith, que me reser- vaba un asiento. Me miró con dulzura y me dio la mano.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, ¿por qué lo dices? —me toqué la frente.

—Te has ido corriendo del apartamento.

—Sí, es que estaba preocupada por Yesica...

—¿Por Yesica?, ¿qué ha pasado? —me miró extrañada.

—Un momento de atención, por favor —exclamó Fáti- ma—, os ruego que os sentéis. —Esperó unos minutos a que guardásemos silencio—. Durante la mañana visitaremos la cueva de los Verdes y los Jameos del Agua. A continuación, almorzaremos y esta tarde podéis elegir qué hacer, ir de com- pras, ir a la playa, lo que os apetezca. —Todos comenzaron a aplaudir y a vitorear.

—Bien, tengo muchas ganas de ir a la playa —dijo Judith entu- siasmada.

—La cueva de los Verdes —comenzó a explicar mientras se ponía en marcha el autobús—, forma parte de un tubo volcánico situado al norte de la isla. Se formó hace cinco mil años, cuando las lavas fluidas descendieron por debajo de las lavas más compactas creando una gran cavidad alargada. El tubo tiene una longitud total de siete kilómetros desde el volcán de La Corona hasta la costa. Es el tubo volcánico más largo del mundo. La cueva fue utilizada por la población, para refugiarse de los corsarios. Se llama cueva de los Verdes, porque la familia de los Verdes era la propietaria de las tie-

rras. —La profesora miró a los estudiantes y vio que casi ninguno le estaba poniendo mucha atención. Unos escuchaban música y otros conversaban con sus compañeros.

—Siéntate, no te preocupes, casi todos los viajes con ellos son así —le indicó Samuel.

—Pero es que deberían aprovechar la oportunidad que se les está brindando para poder aprender...

—No todos son iguales, quédate con que a algunos les ha en- tusiasmado lo que has contado y te han escuchado. —Claro, los de siempre: Judith, Thais...

—Pues, ahí tienes a tu pequeño club de admiradores, si los de- más no quieren escucharte, ellos se lo pierden —sonrió. Le extrañó ese ramalazo de compañerismo, pero le llegó al corazón.

Después de una hora de trayecto, el calor se había hecho inso- portable. A pesar de que me había puesto un vestido de algodón blanco de asillas, cuando me levanté del sillón noté mi espalda em- papada de sudor.

—¡Qué calor!... —se quejó Judith, que llevaba unos vaqueros y una camiseta amarilla.

—Sí... —suspiré mientras caminábamos por el pasillo del auto- bús hacia la puerta.

Para entrar en la cueva descendimos por un sendero. Al llegar a la entrada, el guía nos informó de que debíamos esperar, ya que un grupo de turistas estaba en el interior y el lugar era tan estrecho que las visitas se iniciaban en intervalos de tiempo. No pude evitar sentir claustrofobia.

Nos sentamos en el suelo y esperamos. No tardaron en indicarnos que entrásemos. En cuanto comencé a bajar las angostas escaleras y a ver cómo me engullía la gruta, empecé a sentir una presión en el pecho. La apertura era tan estrecha que teníamos que descender uno a uno. En al- gunos puntos me puse de lado porque me rozaban ambos hombros con las paredes. Judith, avanzaba delante de mí y no podía verla, tan solo ha- bía unas pequeñas luces en el suelo, que hacían visibles los escalones.

Por fin, llegamos a una ampliación de la gruta y el guía comenzó a explicarnos cómo se había formado el túnel. Como ya lo había oído de la profesora, decidimos seguir adelante nosotras solas. Recorrimos el largo túnel, tan solo alumbradas por pequeñas bombillas, situadas en el techo de la gruta, y al final de este, vimos otro grupo de perso- nas; en lo que parecía un área reservada para conciertos. En el centro había un gran piano y una decena de sillas de madera, dispuestas a su alrededor. Era una visión realmente hermosa, ese elegante y perfecto piano, rodeado de lo abrupto y salvaje de la cueva.

Judith comenzó a parlotear de lo bien que se lo había pasado con Hugo, el día anterior en la fiesta. Aunque era mi mejor amiga, no tenía ninguna intención de oírla hablar de su relación con él, así que desconecté, cosa que sabía hacer muy bien, y me puse a mirar el grupo que teníamos a nuestro lado. Mientras la guía les explicaba la buena audición de la cueva, todos la miraban atentamente, menos uno de ellos que me miraba a mí. Era el chico más guapo que había visto en mi vida, pero no era tan solo guapo, era..., no sé, especial. Era como ver ese piano en el centro de la cueva. Elegante, sensual y no sé, peli- groso. Desprendía seguridad en sí mismo, aturdía.

Me sonrió. Intenté apartar la mirada, pero no podía.

Llevaba el pelo largo, que le caía hasta los hombros. No me per- día de vista, con sus grandes y almendrados ojos de color verde. Em- belesada, perdí la noción del tiempo que llevábamos mirándonos. Me puse realmente nerviosa, las manos me sudaban y el corazón me palpitaba.

—Mira qué tío más increíble, es guapísimo —pellizqué a Judith.

—¿Dónde? —me preguntó con curiosidad.

—Allí enfrente —le indiqué con disimulo, para que él no nota- se que le señalaba.

—¿Qué ropa lleva?

—Una cazadora negra...

—¡¿Una cazadora?! —exclamó Judith—. ¿Cómo, que una ca- zadora? Estamos a más de cuarenta grados.

—Te juro que lleva una cazadora —volví a mirar, pero él ya no estaba—. Es guapísimo... —me mordí el labio, echando de menos su mirada arrebatadora.

—En cuanto lo veas le dices que quede contigo. Mejor, pídele el teléfono.

—Tú te has vuelto loca. —Nos pusimos en marcha de nuevo.

¿Qué iba a ser un chico como ese, con alguien como yo? Pero me miró y de qué manera.

Nos pusimos en marcha de nuevo, junto a nuestro grupo. Lo busqué el resto del recorrido, pero no lo encontré. Llegamos hasta lo que parecía un agujero en el suelo y el guía nos pidió silencio a todos mientras nos poníamos alrededor de la apertura.

—Un momento de silencio por favor. Como podéis ver aquí, hay un agujero en el suelo, mide cientos de metros de profundidad...
—se oyó un silbido, mientras mirábamos hacia el fondo asustados.

—¿Cómo es que no tiene barandilla? —preguntó Judith. Estábamos en el borde, a escasos centímetros de la caída. Judith me cogió de la mano e hizo que me pusiera en cuclillas junto a ella.

—Bien, ¿quién quiere tirar una piedra? —cogió una del suelo y nos la ofreció. Estiré la mano para cogerla, pero me la arrebató Ricardo.

—Yo haré los honores —sonrió triunfalmente.

Justo antes de que él la tirara miré hacia el fondo del agujero, entonces le vi, al otro lado. Con su sonrisa socarrona, parecía estar riéndose de mí, de mi miedo.

Mientras le miraba ensimismada, me empujaron, al vacío. Al caer se me encogió el estómago. Solté un grito ensordecedor. Estaba esperando la caída de cientos de metros, pero en lugar de eso, caí de rodillas en un charco de agua. Con mis rodillas clavadas en la gravi- lla, el agua empapándome el traje, miré a mis compañeros de clase. Algunos reían, otros estaban sorprendidos.

Judith me tendió las manos y me ayudó a incorporarme. El pre- cipicio era tan solo una charca, que al estar metida en una cueva y no haber aire que moviese el agua; se creaba un efecto visual muy tenebroso, ya que el techo de la cueva se reflejaba en ella haciendo que pareciera un hueco enorme.

—Sabía que no podía haber un hueco sin protección —dijo Ju- dith—. ¿Te encuentras bien? —me miraba asustada, mientras yo

me recuperaba del susto. Estaba empapada y el vestido blanco se me pegaba al cuerpo. Me dolían las manos, que habían soportado el peso de la caída y estaban arañadas.

—¿Por qué la has empujado? —le preguntó Ricardo a Montse.

—He venido antes con mis padres, sabía que no era un hueco —no paraba de reírse.

—Eres odiosa —Ricardo se acercó a mí. El miedo me atenazaba el estómago, comencé a dar arcadas y acabé vomitando en los pies del guía.

—Continúen avanzando —ordenó el guía, disgustado. Inten- taba limpiarse el calzado con un pañuelo de papel.

Nos pusimos en camino hacia la salida. Cuando nos estábamos alejando oímos un ruido de chapoteo y miramos hacia atrás. Lucía llegó riéndose hasta nosotros y nos adelantó.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Ricardo.

—Tu novia se ha caído dentro de un charco...

—Ve a ayudarla —le pedí.

—No, se lo tiene merecido —apretó la mandíbula y siguió el camino.

—¿La habrá empujado Lucía? —me preguntó Judith, a lo que yo respondí encogiéndome de hombros.

Cuando salí al exterior y pude respirar aire fresco me sentí mucho mejor. Dejé a mis amigos charlando entre ellos y me dirigí hacia el aparcamiento donde estaba estacionado el autobús que nos había traído hasta la cueva.

El chofer estaba fuera fumando un cigarrillo. Le pedí permiso para subir y este asintió con la cabeza. Vi a Fátima sentada en el último sillón.

—Hola, ven a sentarte conmigo —me pidió Fátima. Era mi profesora de dibujo y mi tutora. Se había convertido en una gran amiga desde que nos conocimos—. Hace mucho que no hablamos.

—Sí, lo sé. Pero estoy bien. —A todo el mundo le había dado por preguntar si estaba bien después de la muerte de mi madre. Cuestión que me parecía una auténtica estupidez, ya que era impo- sible encontrarse bien después de quedarse huérfana. La contesta- ción era no, no estoy bien. Pero eso parecía empeorar las cosas, ya que entonces, comenzaba una peyorativa bestial sobre cómo ellos perdieron a un ser querido, cómo superarlo y varios llegaron a de- cirme que todos perdemos a nuestros padres, unos más tarde otros más temprano. Así que comencé a decir a todo el mundo que sí, que estaba estupendamente, así todos se callaban y me dejaban en paz.

—Ya sé que es un momento difícil para ti —era una mujer real- mente bonita, de origen marroquí, de piel aceitunada y grandes ojos color azabache. Llevaba tantos años en la isla que casi no se le notaba su acento; antes de conocerla tenía una opinión totalmen- te equivocada de las mujeres africanas—. He visto que ya no vas a estudiar Bellas Artes... —se miró la palma de la mano, como si lo que estaba diciendo, no tuviese la mayor importancia, pero la tenía, para ambas la tenía. Desde hacía años me encantaba dibujar y ella me insistió en presentar mis dibujos a varios concursos y de los cua- les había ganado en varias ocasiones.

—A mi madre nunca le gustó que decidiera estudiar Bellas Ar- tes, ella quería que estudiase Empresariales y que tuviese un trabajo el día de mañana. Decía que los artistas lo pasaban mal, que no po- dían vivir de su arte. Ella no quería eso para mí.

—Tu madre quería lo mejor para ti, y si estudias Empresariales y dejas tu vena artística de lado, serás infeliz toda tu vida —me miró a los ojos y me cogió las manos.

—Mi madre quería que estudiase Empresariales y así lo haré, en su honor —comenzaron a salir lágrimas de mis ojos. Sin poderlas parar, me sentí impotente y dolida por no poder detenerlas.

—Mi querida niña —me abrazó.

No sé cuánto tiempo pasamos en aquella posición. Me sentía segura en sus brazos. Hay que ver lo importante que es el contacto físico. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba un abrazo.

Comenzaron a llegar el resto de los pasajeros y nos encamina- mos hasta los Jameos del Agua, que estaba situado a unos minutos de viaje.

Al estacionar el autobús nos permitieron quince minutos, para desayunar. Me senté en un pequeño muro de piedra, que rodeaba el aparcamiento de los Jameos del Agua. Me comí un sándwich de mortadela que me había preparado esa mañana. Hugo y Judith se sentaron a mi lado y compartieron un paquete de galletas y yogur de beber con sabor a fresa.

Fátima comenzó a llamarnos, para que nos pusiésemos a su alre- dedor. Cuando estuvimos todos, nos repartió las entradas.

—Quiero que todos me sigáis. Como podéis ver hay mucha gente —varios autobuses nos rodeaban—. Así que, os ruego, que me escuchéis y permanezcáis siempre cerca de mí —suspiró—. Los Jameos del Agua pretenden mostrarnos la naturaleza apenas intervenida por el hombre. Manrique, del cual hablaremos largo y tendido mañana, cuando visitemos su casa, realizó dentro un res- taurante, con una piscina y un pequeño escenario, donde la acústica es maravillosa —sonrió—. Bien, entremos.

La profesora se encaminó hacia la entrada y todos la seguimos. Hugo me cogió de la mano y Judith de la otra para no sepa- rarnos. Descendimos unas escaleras recubiertas con piedras volcá- nicas, hasta llegar a lo que parecía ser un restaurante, con mesas y bancos de madera. En una esquina se levantaba una barra, donde varios camareros atendían a decenas de personas.

—Estamos en el mismo túnel volcánico de la cueva de los Ver- des, pero más cerca de la costa. En primer plano vemos una cafetería que inicialmente fue concebida como restaurante.

Donde quiera que mirase había piedra volcánica revistiendo paredes y suelos. La vegetación, donde los helechos eran los reyes, cubría buena parte de las paredes.

Continuamos bajando escaleras, al fondo podíamos ver una cueva inundada de agua. Con un pequeño camino para cruzar al otro lado.

—En esta cueva se filtra el agua del mar, debido a que está por debajo del nivel del mar —señaló al agua—. Dentro viven unos cangrejos únicos en el mundo. Miden un centímetro de longitud,

son albinos y ciegos. Son muy sensibles a los cambios en la laguna por lo que el ruido y la luz les afectan. Y son muy sensibles al óxido así que nada de echar monedas y ponerse a pedir deseos que esto no es una fuente de los deseos. ¿Entendido? —murmuramos un sí al unísono—. Sigamos el camino que nos llevará hacia el otro lado del túnel.

Los chicos soltaron mi mano, adelantándome. Entré en el pe- queño camino que nos llevaba hacia el otro lado del túnel, con un miedo inexplicable a caerme dentro del agua, ya que había unas só- lidas barandillas. Miré hacia el agua, observando aquellos pequeños puntos blancos, supuse que eran los cangrejos. La luz comenzó a extinguirse y sentí angustia al darme cuenta de que me había que- dado sola. Me envolvió un frío intenso y pensé que era debido a que llevaba mucho tiempo dentro de la cueva.

—Son inofensivos —su voz acarició mis oídos y antes de girar- me para verle, sabía que era él.

—Sí, lo sé. Son muy pequeños —le miré, en la cercanía ganaba. No pude evitar mirar su boca, donde volvía a dibujarse la sonrisa más increíble.

—¿Te han dejado sola? —miré hacia la salida de la cueva y vi que nos habíamos quedado solos—. Muy mal por parte de tus com- pañeros —me miraba con deseo, y este despertaba el mío.

—No me va a pasar nada, sé defenderme solita —giré la cabeza hacia la salida con algo de ansiedad, y él se acercó más a mí. Aunque no tenía miedo me sentía muy alterada.

—¿Cómo te llamas? —me miró intensamente—. Yo soy César.

—César..., bonito nombre —me puse el pelo detrás de la ore- ja—. Yo me llamo Thais.

—Thais... Muy exótico —soltó una carcajada, era un sonido de lo más sensual.

—¿De dónde eres? —bajé la mirada, fijándola en su pecho.

—De Teror, Gran Canaria. He venido con varios amigos, aun- que —miró hacia la salida—, creo que también me han dejado solo.

—Dio un paso más, nos rozábamos.

—Cuidado, que tú sí corres peligro —flirteé, me sentía cómo- da con él y muy sexi. Le toqué la chaqueta de cuero que llevaba—.

¿Tienes frío?

—Es mi preferida, me la pongo todos los días independiente- mente del tiempo que haga —me cogió la mano y se la llevó a los labios—. ¿Por qué corro peligro? —No supe qué contestarle, me quedé sin palabras al sentir sus labios besar mis manos, mientras me miraba a los ojos.

Recuperé mi mano y volví a mirar hacia la salida, donde apare- ció Judith corriendo.

—¿Pero qué demonios haces?, vamos —me instó.

—Estoy aquí con... —miré hacia donde él había estado hacía pocos segundos, pero no había nadie—. Qué raro... —me encaminé hacia Judith, con un extraño sentimiento—. ¿César? —le llamé en la oscuridad.

—¿Quién es César? —preguntó empujándome hacia la salida.

—El chico de la chaqueta de cuero, el que vimos en la cueva de los Verdes. Estaba aquí ahora mismo —miré alrededor, pero no ha-

bía ni rastro de él—. Hemos estado hablando —sonreí—. Ha sido tan perfecto.

—¿De dónde es? —me preguntó al salir de la cueva.

—De Teror —solté mecánicamente.

—¡Joder, canarión! Mal tema, olvídalo —hizo un gesto en el aire con la mano.

—Como si fuera tan fácil..., no me importa dónde viva.

Subimos las escaleras, alejándonos de la cueva, hasta llegar a una gran piscina. Era realmente hermosa. Completamente blanca, y con piedras oscuras y redondas, estratégicamente colocadas. Me podía imaginar a los comensales, después de cenar, disfrutando de un cóctel a la luz de la luna alrededor de ella.

Busqué un banco para sentarme, pero Ricardo me pidió que lo acompañara a la tienda de regalos, con desgana acepté. Ricardo era una de esas personas que no aceptaban un no por respuesta.

—¿No compras nada? —me preguntó después de recorrer toda la tienda.

—No, tan solo me gustaría llevarme un libro —señalé la peque- ña estantería.

—¿Cuál? —lo llevé hasta el mueble y le señalé *La princesa Ico*. Lo cogió y leyó la contraportada—. Parece estar bien.

—Sí —me puso la mano en la cintura y me pellizcó suavemen- te. Nos miramos en silencio. Sonreía, sabía que estaba recordando nuestro beso en la fiesta.

—Oye, tenemos que hablar de... —Entonces ocurrió el primer suceso extraño. Es interesante cómo, cuando te pasan

estos sucesos,

les das explicaciones incongruentes, porque es imposible de aceptar en un primer momento. Los libros volaron de la estantería y caye- ron a nuestros pies.

Los dos, asombrados y desconcertados, nos agachamos al mis- mo tiempo a recogerlos y nos golpeamos en la cabeza. Lejos de sen- tir dolor, me pareció una situación de lo más cómica y comencé a reírme. Ricardo contrariado guardó silencio.

—Joder, ¿cómo se han caído? —preguntó visiblemente mos- queado.

—Ni idea —dije intentando no reírme.

Después de recogerlos y pedir disculpas a la dependienta, me alejé rápidamente del lugar, dejando a Ricardo solo. De camino al autobús pude ver a Yesica y Lucía sentadas en un pequeño muro de piedra. Me acerqué a ellas.

—Hola, Yesica, ¿te encuentras mejor?

—Algo mejor —contestó agriamente.

—Te he buscado por todas partes, ¿dónde te habías metido?

—Intentando arreglar tu estropicio —me soltó.

—Yo no he hecho nada.

—No deberías haber salido corriendo como una cobarde —su mirada estaba llena de odio. Llevaba el pelo recogido en una coleta y se le veían mechones blancos en su pelo negro azabache.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? —intenté tocarlo, pero me apartó bruscamente.

—Dejaste el espíritu suelto y no quiere regresar. Pero va a ir a por ti, has violado el juramento de sangre —me amenazó.

—Estás loca... —interrumpió Ricardo, que me arrastró hacia el interior del autobús—. No hables con esa chica, le falta un agua. — Nos sentamos juntos. Sacó un paquete envuelto en papel de regalo de su mochila y me lo entregó.

—Gracias... —no pude decirle nada más, porque en cuanto vio aparecer a Montse se levantó para sentarse junto a ella.

Escuché cómo le preguntaba que dónde se había metido.

Abrí el paquete, era el libro de *La Princesa Ico*. Le miré emocio- nada, era un gesto muy bonito. Los compañeros fueron entrando y sentándose. Fátima llamó nuestra atención con un silbido.

—Espero que os haya gustado —todos comenzamos a contes- tar afirmativamente—. Esta tarde aprovechadla bien —los aplausos hicieron reír a Fátima—. Mañana temprano iremos a la que fue la casa de Manrique.

—¡A la playa! —exclamó Hugo por encima del sillón.

—Sí, en Puerto del Carmen hay una playa ideal —aceptó Ri- cardo.